



# Revulsión

Es casi imposible permanecer unos días en esta Valencia, por pocos que ellos sean, sin sentir la preocupación de los atentados terroristas. En otras regiones de España, cuando se leen noticias de tales crímenes, suele ser, triste es decirlo, como si fuese de sucesos que ocurren en vagas tierras. Y hay muchos que dicen por allí al leerlas: «Es la revolución», y otros: «Es la guerra civil». Y no es ni una ni otra cosa.

Cierto que estamos en revolución — y ciego será quien no lo vea, — y no menos cierto que toda revolución es una guerra civil; pero los crímenes que vienen sucediéndose en España, los asesinatos de obreros y de patronos, no forman parte de la revolución. Y tampoco revolucionan nada.

En las mismas guerras nacionales, de independencia patria, hay siempre sujetos de instintos criminales, hombres degenerados y degradados, que aprovechan las circunstancias para encubrir, con la astucia del criminal nato, con el manto del heroísmo patriótico, sus impulsos antisociales. Lo peor es que suele haber quienes, en son de honra, gradúan de héroes a tales sujetos y hasta se les alquila. Nunca podremos olvidar lo que en una de las naciones beligerantes nos dice un oficial de su ejército durante la guerra respecto a los combatientes mantenidos e instruidos especialmente para formar en los pelotones de asalto a las trincheras: «Por poco que esto dure — terminó diciéndonos — nos habremos visto libres de una porción de inadaptables a la civilización. Ellos saben que es muy difícil que salgan con vida, pero mientras viven se dan buena vida y se sienten admirados por sus compañeros.» Y al fin éstos exponían su vida. ¿Pero y el «héroe» (??) de alquiler que no la expone?

Porque dentro mismo del crimen cabe grandeza trágica. Recordamos que al contemplar en Lisboa el lugar en que Buica acabó con la vida del desgraciado y fatídico D. Carlos de Braganza a otro español que mostraba cierto horror por la tragedia, le hizo notar un portugués la forma en que aquel hombre exaltado y desesperado cometió el regicidio, exponiendo su vida, y nos hacía notar la diferencia con la repugnantísima salvajada del degenerado Morral en la calle Mayor de Madrid el día de las bodas de nuestro rey. Y ante esto había que callarse; ¿cómo no?

Cuando se lee en la historia de las revoluciones el relato de homicidios que podríamos llamar políticos, o si se quiere sociales, no cabe dudar de que los más de ellos tienen cierta grandeza trágica o los caracteres de un acto de desesperación ejecutado en un arrebato, a sangre ardiente y sin hurtarse del riesgo. Mientras que ahora, y aquí parecen estos crímenes obra de profesionales, que lo mismo que están hoy a sueldo de una de las partes contendientes, podrán ponerse mañana a sueldo de la otra. Difíase que no van más que a ganarse un jornal y a satisfacer a la vez sus instintos desmandados.

Teniendo presente lo que alguna vez se ha hecho en algún otro país, y hasta aquí en España, hemos llegado a creer si no sería un remedio pactar con las bandas terroristas, y pagándoles mejor que estén pagadas, convertirlas en policía armada para cazar asesinos de alquiler. Alguna vez ha dado resultado — y así parece hizo el general Espartero — el encargar a los contrabandistas, convirtiéndolos en carabinieri, perseguir el contrabando. Y más recientemente se ha logrado evitar la desaparición de una especie muy rara de res de caza, formando guardería de montañeses con los mismos cazadores furtivos que estaban acabando con ella. Pero bien pensadas las cosas, hemos creído que el remedio agravaría el mal, pues que llegaría a ser un medio de verdadero chantaje, y una y otra banda, la de asesinos de alquiler y la de contraasesinos, también de alquiler, llegarían a ponerse de acuerdo. A los que le llevaría la codicia y el miedo que mutuamente se tendrían. Porque no nos parece una hipótesis muy aventurada la de suponer que las bandas de asesinos de alquiler y las de contraasesinos, también de alquiler, se tengan miedo mutuamente y hasta lleguen alguna vez a acuerdos mutuos.

Claro está que en el fondo el problema es un problema de higiene y sanidad públicas; pero tratándolo solamente así se llegaría al remedio, cuando a él e llegase, después de haber perecido no pocas víctimas, y por lo tanto, tarde.

Se nos agolpan al reflexionar en este estrago las ideas más variadas y hasta más contradictorias, y muchas de ellas ni logramos que se nos precisen. Lo que vemos más claro es que todo el fondo bárbaro, insocial, incivil de nuestra sociedad se halla, de una parte y de otra, sobreexcitado, a ratos casi en delirio, y que ese fondo está dominado y gobernado por

un terror pánico. La acción criminal es una acción de miedo, los que amedrentan viven amedrentados; y la reacción, cuando la hay, es también de miedo. El terrorista huye del policía, y éste huye de aquél.

¿Revolución? No; eso no es revolución. Eso es una revulsión. Es una pavorosa y fatídica revulsión en las entrañas de una sociedad que no quiere ver. Porque el miedo mayor es hoy, y aquí el miedo a la luz, a la verdad, el miedo a la libertad. Los dos principales bandos en lucha temen a la libertad. Y está de moda abominar del liberalismo y de la democracia. Ni capitalistas ni proletarios creen en la libertad. Y unos y otros están a merced del instinto de servidumbre. Por miedo a la libertad se han dejado cegar y dan palos de ciego. Los dan unos y otros. Y los dan con un palo de alquiler que parece ser humano y no lo es, sino sólo animal. Y no maneja el brazo al palo, sino el palo al brazo. Y se llega al régimen de la violencia sin idea a que sirva; de la violencia por la violencia misma. Es la revulsión del fondo salvaje. Uno de los efectos de la guerra, sin duda.

Miguel de UNAMUNO.

